

RECENSIONES

DANIEL GUERIN: *La descolonización del negro americano*. Colección Tercer Mundo. Editorial Tecnos. Madrid, 1968. 210 págs.

La iniciación del período en el que Nixon ha pasado a ocupar la presidencia de los Estados Unidos, cuando Norteamérica se encuentra en la encrucijada de varios grandes problemas mundiales con uno de los mayores conjuntos de problemas locales norteamericanos, subraya el interés (urgente y apasionante) de la cuestión negra. Por una parte, constituye la faceta más grave y extensa de las cuestiones político-sociales a las que Nixon y sus colaboradores habrán de dedicar atención preferente. Pero también importa no olvidar que si en primer término la solución de la cuestión negra representa para Washington la eliminación de su mayor conjunto de secuelas del racismo, ya no se trata de una conjetura interamericana, sino que forma parte del fenómeno internacional de la descolonización. Ha habido tiempos en que el modo como en Norteamérica se trataba de negros constituía a la vez un motivo de escándalo y estupefacción. Ahora sigue siendo una medida para contrastar la sinceridad o la perfección de los nuevos programas de gobierno en los Estados Unidos.

Uno de los autores más cuidadosos y expertos entre quienes vienen observando y analizando la protesta negra americana es Daniel Guerin. Destacado entre los intelectuales «progresistas» de lengua francesa, Guerin, desde 1951, fue uno de los primeros autores no americanos que estudiaron con objetividad y minuciosidad la cuestión negra estadounidense, después de haber vivido personalmente en todos sus medios y ambientes. Recientemente volvió sobre el tema poniendo al día las cuestiones más candentes de la frustración de los intentos integracionistas; la resistencia «blanca» a una aplicación liberal de las últimas leyes, y la concienciación política por la cual la comunidad negra ha pasado a plantear su problema en unos niveles que ya no son reformistas sino revolucionarios.

El libro ahora publicado en lengua española por la editorial Tecnos es la versión castellana de la obra «Descolonisation du noir américain», publicada en París. Se trata de un libro que ya constituye una pieza documental esencial. Tecnos lo ha presentado incluido en su colección «Tercer Mundo», que ya tiene otras obras informativas y orientadoras esenciales sobre África negra, el Cercano Oriente y el Vietnam, como testimonios de una nueva política y una humanidad a escalas universales.

El testimonio de Daniel Guerin es impresionantemente directo. El vivió con los negros estadounidenses descendiendo a sus pensiones o albergado en sus hogares; asistiendo a sus reuniones públicas y sus oficios religiosos; visitando sus establecimientos de enseñanza y sus hospitales; encontrándose con

sus líderes políticos, sindicales, intelectuales y espirituales; visitando en sus celdas de prisión a las víctimas de la represión racista, y llegando, incluso, a realizar incursiones en los bajos fondos de las capas negras más deprimidas y subdesarrolladas. Tanto estas experiencias personales como la minuciosa lectura de todo lo escrito en Estados Unidos sobre la cuestión negra, han permitido a Guerin notar y hacer notar que el prejuicio racista norteamericano no nació casualmente ni espontáneamente, sino que fue elaborado, fomentado y extendido por una propaganda deliberada. Ha sido el resultado de los ideales de aquellos portavoces blancos del Sur, que van pareciendo más que una reliquia del pasado una minoría de fanáticos. Pero que aún son capaces de extenderse hacia el Norte en unas sacudidas inesperadas que utilicen la teoría de su «americanismo cien por cien», de vieja cepa anglosajona.

Por otra parte, la condición que se impone a los negros en la sociedad estadounidense les ha colocado a la vanguardia de toda revuelta popular, y les permite poder desempeñar el papel de un poderoso estimulante respecto a las demás fuerzas sociales deprimidas e impacientes, Guerin cita sobre esto la definición de un portavoz americano de color tan destacado como James Baldwin. Cuando éste observa que el negro de los Estados Unidos es hoy la clave de aquel país; puesto que el trato a que ha sido sometido le pone en condiciones de trastornar las estructuras fundamentales de la sociedad, por su sola presencia sobre el suelo americano.

Guerin no cita, en cambio, otros textos de James Baldwin, en los cuales éste recuerda que sólo se llegó a polarizar el negrismo norteamericano sobre las líneas de la impaciencia rebelde, cuando se vieron cerrados los caminos del «testimonio cristiano». Así, al recordar cómo, por ejemplo, Stokely Carmichael, durante muchos años, recorrió campos y calles entonando cánticos de «Venceremos», que era un anhelo religioso de fraternidad compartida. Después de otras esperanzas perdidas, cuando después de desaparecer Martin Luther King se puso la mayor parte del empeño en el «Black Power», no fue tampoco más que el intento de traducir al lenguaje de los negros lo que en lengua inglesa se había denominado sencillamente autodeterminación, desde hacía mucho tiempo. Sólo la unión de dos palabras «negro» y «poder» es lo que espanta a muchos obstinados dirigentes blancos estadounidenses; aunque las dos palabras sueltas sean inocuas.

Volviendo a Daniel Guerin, desde la introducción de su libro hace constar que siempre consideró como un deber resaltar la necesidad que los negros norteamericanos tienen de crear y conservar la dirección de su movimiento de descolonización. Así dice y resalta: «Si la presión del mundo libre y el contagio de la revuelta colonial han ayudado a los negros americanos a conseguir algunos éxitos recientes, lo deben, en definitiva, a ellos mismos, a su acción directa y su perseverancia, y sólo consolidarán y extenderán estos progresos si toman resueltamente en sus manos su propia liberación.»

El conocimiento detallado de las trayectorias que siguieron a la esclavitud, después de que el Norte ganase la guerra de Secesión, constituye un factor indispensable para enfocar las esperanzas y las decepciones, que tras varios intentos de diversas formas de autodeterminación negra han conducido hasta los momentos cruciales actuales. Se trata de una evolución histórica entera, que en la citada obra sobre la descolonización del negro americano no ocupa gran extensión y se relata con especial relieve.

En la esclavitud se cita el autorizado testimonio del hoy primer ministro de Trinidad, Eric Williams, quien en su libro «Capitalism and Slavery» explicó que la «esclavitud» no fue el fruto de la «inferioridad» de los negros ni de la perversidad de los blancos. Floreció en tanto que fue provechosa. El prejuicio racial fue creado, y deliberadamente desarrollado, para ir justificando en cada

RECENSIONES

etapa la explotación de la mano de obra de color. Y la guerra de Secesión que opuso el Norte abolicionista al Sur esclavista desde el año 1861 al 1865, tuvo como principal resultado la dominación del Norte industrial, sin que los negros sacasen ventajas directas de ello.

La llamada «Reconstrucción» por la que después de la guerra civil los gobernantes de Washington trataron de imponer en el Sur una actuación coordinada entre los negros «liberados» y los «blancos pobres» meridionales, que juntamente habían sufrido el yugo de los ricos plantadores, fue una experiencia fallida, pero de gran interés histórico, que el libro de Guerin detalla minuciosamente. Luego, poco a poco, recobraron gran parte del Poder las jerarquías del Sur (apodados los «Bourbons») con la complicidad del gran capital del Norte, estableciendo un mecanismo de segregación racial. Mecanismo que fue el denominado «Jim Crow» (por el apodo de los vagones de ferrocarril donde los negros tenían que ir apiñados y aislados del resto de los viajeros).

Hasta el año 1957 no comenzaron los negros a obtener la efectividad de los derechos políticos; con el apoyo, al menos teórico, de los legisladores federales, al aprobarse una ley que confirmaba el derecho de los negros a presentarse ante las urnas electorales; pero ni entonces ni en 1962 fueron abolidos los «tests de aptitud» que en las legislaciones locales de los Estados del Sur se inventaron para restringir todo lo posible el número de negros con derecho a votar. Otro sector de esperanza en la lucha por la emancipación negra en el sector del Sur fue el empeño de extensión hacia allí que las Federaciones sindicales del C. I. O. y de la A. F. L. iniciaron entre 1946 y 1948 y cuyos resultados fueron negativos. Hubo, dentro de los mismos negros, el «gradualismo» de la pequeña burguesía de color, que sólo se proponía «un prudente avance» hacia los derechos civiles. Hubo también el radicalismo, que surgió como una experiencia posterior, creado por el mismo Du Bois, que había impulsado el gradualismo, cuando se convenció de que la liberación negra debía hacerse por instituciones cooperativas de democracia industrial. Y después de la marcha sobre Washington en agosto de 1963 se ha llegado a las etapas más recientes, que han podido ser calificadas como un tiempo de explosión.

Al final de la exposición de la historia de los negros estadounidenses lo esencial no son las tácticas de la lucha contra la segregación, sino los objetivos (muy diferentes) a que tiende. Se trata de integrarse definitivamente en la Norteamérica blanca o de separarse de ella.

Respecto a la segregación los mayores efectos de la reacción provocada por el racismo sudista y neo-sudista fue el afecto emocional por Africa y su pasado; desde que Du Bois escribió «Soy africano por la raza... Africa es mi patria. Llevo la huella de una herencia en mi color y mi pelo». Después se dijo que la principal herencia del pasado no era el lejano fondo africano, sino la presión de la segregación, que hizo de la minoría negra estadounidense «una nación dentro de otra nación». En cuanto a la integración dentro de la Unión Norteamericana, los métodos extremistas exagerados tienden por lo menos a reforzar las posibilidades político-sociales de los veinte millones de negros, como un bloque compacto.

De todos modos, las luchas contra la discriminación no constituyen ya solamente una cuestión interior norteamericana, sino que (como ya se ha dicho) representan una de las facetas más interesantes dentro del enorme fenómeno mundial de la descolonización. El ejemplo estimulante de las emancipaciones de los pueblos que estuvieron o siguen estando bajo presiones coloniales en Africa tropical, en Oriente Medio, en Hispanoamérica, etc., ha enseñado a los negros de Estados Unidos que para emanciparse poseen la mayor fuerza propia en ellos mismos.

RECENSIONES

Todo esto desemboca sobre la evidencia de la esencialidad que hay en no considerar la presencia y el devenir de la América septentrional de color, como un fenómeno especial o una serie de fenómenos enlazados. Sino como algo que justifica el estudio general y sistemático de toda una historia afro-americana, para cuyo planteamiento el libro de Guerin es un utilísimo punto de partida.

Rodolfo GIL BENUMEYA

ARTHUR KROCK: *Memoirs. Sixty Years on the Firing Line*. Funk and Wagnalls. New York. 508 págs. 1968.

Una vez más queda demostrado que un libro no necesita, para llegar a tener una importancia genuina, incluso para ser irresistiblemente atractivo, del buen estilo como cualidad fundamental. Ni siquiera, en ocasiones ya más excepcionales, ir más allá de lo pasablemente bien escrito. En este caso, la total ausencia de lo que parece indispensable a toda buena literatura se pierde enteramente de vista. Hasta la tendencia, ostentosamente de manifiesto desde el principio al fin de una obra que cuesta trabajo dejar a un lado una vez iniciada la lectura, al uso y el abuso del «cliché», de la frase hecha que es uno de los más graves delitos literarios. Llama esto mucho la atención, sin duda. Pero más que nota sobresaliente de este libro—por traer inevitablemente a la actualidad toda una obra periodística de sesenta años, la mayor parte, con mucho, de una vida que empezó en un ambiente típicamente sudista, a no gran distancia de la terminación de la guerra de secesión que la dejó dislocada de manera permanente, para tener más tarde escenarios principales en Washington y Nueva York—, es, en realidad, la característica de toda una obra que convirtió a Mr. Krock en una de las primeras, más comentadas, más discutidas y más solicitadas de las primeras figuras del periodismo norteamericano.

Cualesquiera que sean los méritos—que, sin duda, abundan—de una vida que aparece aureolada por un prestigio casi sin precedentes en una profesión donde los éxitos, cuando llegan, suelen tener singular resonancia, no es fácil dejar de pensar en que otra cosa hubiera sido de no estar relacionada más de la mitad de la vida profesional de Mr. Krock con *The New York Times*, durante largo tiempo el periódico de mayor influencia y reputación de los Estados Unidos. Es esta una coincidencia tanto más llamativa o extraordinaria porque con mucha frecuencia las escaramuzas que han abundado en una vida que ha estado, como dice el subtítulo de este libro, «sesenta años en la línea de fuegos», han tenido como contrincantes especiales a Mr. Krock y a su periódico.

La insistencia y la reiteración en contradecir, rebatir y hasta condenar desde su habitual crónica de Washington, donde más de treinta años fue corresponsal y al fin jefe del vasto servicio de este diario, formado por docenas de redactores, determinados aspectos de su política editorial, había de crear situaciones de considerable tirantez. Y más todavía cuando, ya muy realzada la personalidad de Mr. Krock, llegó a tener su *columna* regular en la misma página editorial de ese prestigioso órgano. Lo que al comienzo de la página se exponía con todo el peso de una autoridad que llegó a darse como algo indiscutible era modificado, negado o contradicho un poco más allá, bajo la firma de una autoridad que en momentos hizo pensar en que sólo de casa podría salir la rivalidad que *The New York Times* acabó por no encontrar en parte alguna.

De este estado de cosas, llevado hasta más allá de lo que pudieran parecer límites razonables, salió una tirantez de relaciones que hizo pensar en la ruptura

RECENSIONES

como algo inevitable. Pero cuando, en respuesta a lo que ya parecía insoportable, la referencia clara a unos argumentos editoriales que para Mr. Krock eran causa de seria incomodidad, se le advirtió que una situación como aquélla difícilmente se podría sostener, la dirección del periódico buscó convencer, nunca imponer, y menos todavía aceptar, la dimisión que había sido puesta en su mano.

Hay en esto, contado con candor—acaso también con la insinuación de cierto engreimiento—, algo que si no es único es, en cualquier caso, excepcional. Pero no tan excepcional como aquella circunstancia en que Mr. Krock se encontró a causa del cambio producido en las relaciones con Franklin D. Roosevelt, de quien—de miembros de su familia también—había llegado a considerarse como amigo y casi confidente. Quizá, cosa que jamás aparece ni siquiera insinuada a lo largo de este voluminoso libro, por ser Mr. Krock lo que era mucho más que por razones personales. Más de una vez—a esto sí hace alguna alusión— en el caso de Roosevelt, ya cuando era gobernador de Nueva York, o, años antes, cuando fue director general de la Marina de Guerra, y de alguna otra figura política relevante, se le solicitó su opinión sobre un discurso o sobre un programa o sobre alguna propuesta legislativa. Para encontrarse, al ver que su actitud era favorable, con que mejor, más eficaz, sería que algo así apareciese en las páginas de *The New York Times*.

De defensor ardoroso de Roosevelt a su *New Deal*, Mr. Krock pasó a ser un crítico activo y, en ocasiones, apasionado de una política que, estaba él seguro, iba camino de pasar de la reforma y revitalización del sistema capitalista—el nuevo capitalismo, como se le llamó—al *welfare state* en lo nacional y a las complicaciones sin fin en lo internacional. Y de esta actitud, donde también con frecuencia se encontraba en contradicción con la posición adoptada por su propio diario, salió un enfrentamiento del que apenas se podrían esperar consecuencias favorables para Mr. Krock. No sólo el presidente Roosevelt se dirigió al propietario de *The New York Times* para quejarse directamente de la actitud que venía manteniendo, sino que aludió a la imposibilidad de continuar manteniendo con él relaciones de la misma naturaleza que aquellas que en el pasado habían desembocado repetidamente en esas *exclusivas* que tanto busca un diario y, cuando menudean, tanto se dejan sentir en las estadísticas sobre la venta y el crecimiento. Sólo con retirar a Mr. Krock de la dirección de la oficina en Washington podría el gran diario de Nueva York recuperar la posición de evidente privilegio a que había llegado.

Pero cuando la carta del presidente Roosevelt llegó a la dirección de *The New York Times*, la conclusión que salió fue sorprendente. Sobre todo cuando se tiene en cuenta el estado, tan poco satisfactorio, de las relaciones entre el corresponsal y el diario. Al propio Krock se le confió, sin vacilar, la tarea de responder al presidente de los Estados Unidos. De lo cual sólo podía salir, en el ambiente norteamericano, un tremendo, gigantesco fortalecimiento de la posición del diario neoyorquino y la continuación, en fin de cuentas, de un estado de cosas como el que existía con anterioridad. Porque a pesar de instrucciones y consignas para mantener la mayor reserva, en los medios oficiales, en relación con Mr. Krock, cualquiera de los muchos redactores a sus órdenes encontraba sólo facilidades para mantener contacto con personalidades clave de las que seguían saliendo informaciones con el carácter exclusivo que se anticipa a todo lo que pueden hacer órganos de opinión con un peso específico inferior.

Las relaciones, la amistad, con frecuencia, de Mr. Krock con los presidentes—también, algo de la mayor importancia, con consejeros y colaboradores como Bernard M. Baruch o Joseph P. Kennedy—empieza con Woodrow Wilson, a quien acompañó a París, durante la Conferencia de la Paz que siguió a la primera Guerra Mundial, para no terminar hasta los días de Lyndon B. Jhonson

RECENSIONES

en la Casa Blanca. Porque a pesar de unos contactos largos y amistosos con su sucesor, Richard M. Nixon, hacia quien se siente especialmente atraído, ya Mr. Krock no se encuentra, a causa de su situación de jubilado, en condiciones de mantener a la vez las relaciones con ese diario de Nueva York que sirvieron para realzar su importancia en el panorama político nacional y de conservar el interés personal que había hecho de él un objeto merecedor de especial atención y cultivo. A pesar de su formación política, con inclinación clara hacia el partido demócrata, Krock acabó encontrando más agradable y mucho más esperanzador, en definitiva, el paso por la Casa Blanca de presidentes republicanos más bien que demócratas. En el fondo, de un Coolidge, un Hoover o un Eisenhower podría esperarse mucho más que de un Roosevelt o un Johnson.

Acaso por ir ganando tenemos la sospecha, a lo largo de los años, de que las reformas que adquirieron un estado real con el *New Deal*, recibidas por muchos con alborozo, no como el comienzo de una era de revolucionaria transformación, sino de recreación y vigorización de un capitalismo que parecía haber perdido la dirección, caso de haberla tenido, de hecho, estaban allanando obstáculos en un camino que sólo podía terminar en el *welfare state*, el Estado convertido en casa de beneficencia, para lo cual era indispensable un despilfarrador régimen socialista. Las consecuencias de esto, en lo nacional y lo internacional—esto quizá más importante que lo primero, por tratarse de la mayor potencia conocida en todas las dimensiones menos dos, la geográfica y la demográfica—son un poco aterradoras. En el caso, es decir, en que Mr. Krock sea tan razonable y tan lógico en el momento de enjuiciar una situación o de vaticinar sobre ella como cuando va soltando cuentas del rosario de sus recuerdos.

A la vista de lo que ha venido sucediendo en los últimos años—a lo sumo los años que empiezan a contarse con la terminación de la primera Guerra Mundial—, para Mr. Krock empieza a estar plenamente justificada la actitud de un pueblo que acusa «más y más la pérdida de fe en la integridad de lo que el Gobierno dice y hace». Condena la actitud gubernamental, que «ha rechazado la disciplina de una política monetaria, de impuestos y fiscal, amontonando déficit sobre déficit en compañía de facilidades monetarias y medidas crediticias, hasta que la siempre creciente contracción del poder de compra del dólar ha hecho que su estabilidad resulte sospechosa, en casa y por el extranjero, lo que ha creado un abismo entre ingresos y gastos, sobre cuyo borde la economía nacional se balancea peligrosamente».

Quizá haya algo más grave todavía en lo que presenta como «la tendencia creciente, estimulada incluso por los Tribunales, a equiparar al criminal, así como a la desobediencia civil, consciente con un derecho constitucional absoluto, que ha fomentado el nihilismo y la anarquía». «Una tendencia que se ve también reflejada, añade, en la licencia, en la literatura y conducta personal», y que «ha sido tolerada por el Gobierno como la expresión válida de la libertad individual protegida por la Constitución».

Tal vez sean más impresionantes, más aterradoras incluso, las cinco líneas finales de un libro al que será difícil hacer justicia con una sencilla recensión y uno de cuyos grandes motivos de interés está en la mucha, extraordinaria aportación que hay en él para la mejor comprensión de la posición de los Estados Unidos en relación con el resto del mundo durante los últimos treinta o cuarenta años. Dicen así: «Figuran éstas entre mis apreciaciones personales de las consecuencias política y socialmente revolucionarias de la nueva Revolución americana. Y a causa de estas consecuencias he contraído un temor visceral. Es éste: que la permanencia de los Estados Unidos como la primera potencia mundial puede ser una de las más breves de la historia».

Antes de llegar a este punto se habrá de pasar, amable y entretenidamente,

RECENSIONES

por las páginas en que se prodigan los bosquejos biográficos y personales, siempre muy cortos, con detalles, incidentes, anécdotas y otras cosas que se destacan como joyas engarzadas, acaso nunca con primor artístico, pero sí con un resultado que es cautivadoramente atractivo, en el gran tablero por el que van y vienen los actores del más emocionante—posiblemente más significativo también—drama imperial. Mas de una vez, no basta con joyas, grandes o pequeñas. Como bien se advierte en las páginas dedicadas a Truman, con quien empezó, al fin y por el lado norteamericano, la guerra fría.

Hay en este punto algo de enorme interés histórico y, en gran parte, ignorado o sólo insinuado hasta estos momentos. Krock se lamenta, con razón, de la situación en que se encontraba Truman al venirse encima, de pronto, la presidencia. Posiblemente le quepa el raro, desagradable honor de ser el hombre más ignorante que ha alcanzado hasta hoy tan alto cargo. Y no por culpa suya, sino del estado y condición a que, por lo general, se han visto reducidos los vicepresidentes de esa gran nación. Pasado el tiempo, Truman sintió la necesidad de un asesoramiento a fondo sobre algo cuya importancia dejaba de ser grande para hacerse abrumadora: las relaciones con la Unión Soviética. Se encargó nada menos que a Clark Clifford, el último secretario de Defensa de Johnson, la preparación de un largo informe que se ha mantenido en secreto hasta ahora. Allí está el nacimiento del Plan Marshall, la guerra fría que Krock hubiera querido que empezase bastante antes, y otras cosas que pueden ser ahora estudiadas directamente y por vez primera.

Jaime MENENDEZ

LLOYD D. BLACK: *The Strategy of Foreign Aid*. D. Van Nostrand Company, Inc. Princeton. New Jersey, XIII, 176 págs.

Con la nueva Administración, encabezada por el presidente Nixon, es probable, casi seguro, que la situación de crisis en que ha caído el programa de ayuda al exterior de los Estados Unidos gane en anchura y significación. A pesar de la importancia, con frecuencia enorme, que le han dado incluso aquellos presidentes que, como el general Eisenhower, habían insistido durante la campaña electoral en su reducción gradual y rápida, hasta llegar a una pronta terminación. Por considerarlo a la vez como altamente costoso y productor de resultados con frecuencia muy negativos. El presidente Johnson, cuya petición de crédito al Congreso para el año fiscal que termina el 30 de junio de este año, calificado por él como el mínimo absolutamente indispensable para cubrir no las necesidades del programa, sino de la política exterior de su país, de la que se ha convertido en una pieza capital, se vio reducido a casi la mitad, llegó a decir: «... se puede buscar en vano en las páginas de la Historia a otra potencia cuya busca del... interés propio esté de tal modo imbuido con la grandeza de opinión y la moralidad de propósito».

No es difícil, por supuesto, dar con razones poderosas y relativamente abundantes para justificar un elogio de esta naturaleza. Bastaría para ello con pensar en la U. N. R. A. o en el llamado Punto Cuatro de Truman. O, ya no con tanta claridad y pureza, en el Cuerpo de la Paz, por causa de fallos o desviaciones bastante llamativos. O, naturalmente y por encima de todo, en el Plan Marshall.

Incluso por este lado se puede caer, sin embargo, en la hipérbole. Como cuando el profesor Black sostiene que uno de unos veintisiete países han llegado a ser "graduados" en materia de ayuda, como el secretario de Estado,

RECENSIONES

Dean Rusk, los ha llamado». Y aun cuando se apresura a decir que en la lista figuran Francia, la Alemania Occidental, Inglaterra, el Japón «y muchos otros que han pasado ellos mismos a prestar ayuda en gran escala», nada se hace por establecer dos aspectos de la situación que nos parecen de una cierta importancia: el estado de desarrollo industrial y técnico que había sido alcanzado por estos países, lo que eliminaba, por lo menos, la necesidad agobiadora de personal directivo y técnico de los países a que ahora se alude como en vías de desarrollo; la rápida, eficaz y acertada utilización que se hizo de una ayuda que se prestó casi sin condiciones, tanto que las naciones receptoras tenían la necesidad de preparar los programas de utilización y la distribución entre sí de las sumas concedidas por el Congreso norteamericano en bloque.

No tener esto—y otras cosas—en cuenta da alguna vez cierta calidad de folleto de propaganda a un tomo que es el resultado de una labor de investigación notoriamente amplia sobre un tema en el que la documentación alcanza dimensiones que llegan a ser aterradoras más bien que abrumadoras.

Y aun cuando se advierte que se ha dado en llamar ayuda a algo—mucho—que va más allá de lo que esta expresión significa (la gran mayoría de las aportaciones al Plan Marshall han sido ayuda pura, sin condición de retorno o de utilización, aunque también es cierto que no siempre ni las más de las veces se prestaba en dólares), y que no son los Estados Unidos la única potencia, ni siquiera la más importante en términos relativos, honor que corresponde a Francia, nada ha podido impedir en el pasado que cuando se hablaba de ayuda se solía pensar en los Estados Unidos.

Así sigue siendo. Lo cual es, en cierto modo, una gran desgracia, pues permite enfocar un aspecto de la crítica hacia el lado de una labor que no acaba, salvo excepciones realmente infrecuentes, de dar los resultados esperados. Y más todavía cuando los ataques se adornan con ribetes de escándalo. Pero ha habido en todo ello, desde el principio, más interés en juego que los representados por los países receptores.

El profesor Black nos recuerda, ya en el prólogo, que casi el 90 por 100 de los créditos concedidos anualmente por la Agencia de Desarrollo Internacional, a la que van casi todos los fondos de la ayuda económica concedida por el Congreso, «es transferido a firmas y organizaciones privadas de los Estados Unidos a cambio de bienes y servicios prestados a las zonas subdesarrolladas». No cuesta gran trabajo comprender cómo en los propios Estados Unidos existen intereses numerosos, a veces con mucho poder, dedicados afanosamente a sacar adelante unos programas de ayuda que son para ellos una manera relativamente fácil de mantener un determinado nivel de producción de maquinaria, cepillos de dientes o leche en polvo. Sin contar, por supuesto, el interés de organizaciones filantrópicas, sociológicas o religiosas. Y en ocasiones las grandes casas editoriales que han llevado a cabo la publicación de millones de obras, muchas de ellas de texto, para su distribución en los países del mundo subdesarrollado.

Todo esto apenas roza una cuestión que ha llegado a ser una de las notas dominantes—más de una vez instrumento de interferencia también—en el mundo de la posguerra. Con el tiempo, la ayuda se convirtió en una de las más llamativas—al menos en la intención—, de lo que ha sido buena prueba no sólo la presencia de condiciones crecientes, en cualquier caso en los Estados Unidos, más de una vez onerosas, sino la costumbre de reservarse el presidente una suma, por lo general 100 millones de dólares anuales, con destino a fines sobre los cuales nunca sería necesario dar cuenta—armas destinadas a la conquista de fines políticos.

Y sin pensar en la importancia y a menudo orientación de la ayuda militar, que pasó a ser complemento de enorme importancia de la ayuda económica. Hasta el momento de cerrar el profesor Black las recopilaciones de datos

RECENSIONES

estadísticos—muchos de ellos expuestos en una serie de mapas y en muchas páginas con datos comparativos, tres años atrás—la ayuda económica norteamericana al exterior pasaba de 80.000 millones de dólares y la militar de 33.000 millones. Es una suma gigantesca, sin duda. Lo suficiente para ser siempre un motivo de asombro cuando no de admiración en toda ocasión y lugar. Y a pesar también del sentido que se le ha dado o se le ha querido dar.

Jacinto MERCADAL

GEORGE W. BALL: *The Discipline of Power. Essentials of a Modern World Structure*. Londres, The Bodley Head, 1968, 364 págs.

Empecemos por consignar que, con el libro reseñado, estamos, por un lado, ante unas recentísimas estimaciones de George W. Ball, subsecretario de Estado en las Administraciones Kennedy y Johnson—es decir, en tiempos de crisis, turbulencias y cambios—, y, durante unos meses de 1968, embajador de los Estados Unidos en las Naciones Unidas. Por otro lado, tenemos que, reflexionando sobre la estructura mundial contemporánea, la obra comentada ofrece todo un repertorio de ideas-fuerza con vistas a la forja de una *coherente* política de Washington.

Ahora bien; no estamos ante unas simples memorias o ante una aséptica valoración de «paz mundial a través de Derecho mundial» (aunque el autor aluda a este noble sentimiento).

Tras una escueta introducción, el libro de Mr. Ball se abre (págs. 5-14) con una recapitulación de los grandes hechos producidos en el breve transcurso de una generación: desmantelamiento de famosos Imperios, pieza por pieza; incesante creación de nuevos Estados; constantes cambios en la tecnología (con revisión de los conceptos de tiempo y espacio, por medio de reactores, satélites, televisión y computadores); explosión en la población y en la producción; explosión en la potencia de las armas (poder nuclear, etc.); explosión en las esperanzas y las demandas de los países pobres y en la sed de justicia de los subdesarrollados. G. W. Ball da su visión de esta situación mundial.

Dentro del citado contexto de cambios, el autor dedica un capítulo (páginas 15-28) a las mutaciones sufridas por la estructura mundial del poder—nuevo concepto de potencia a tono con la escala de nuestro tiempo; Estados-contendientes, etc.—y las correspondientes implicaciones.

Y en pos de una perspectiva de la configuración de la escena internacional futura, Mr. Ball entra en el estudio (págs. 29-38) del proceso del sistema europeo de potencia (paso de la primacía de España a Francia, de ésta a Gran Bretaña, de ésta a Alemania), con conflictos conducentes a cambios de magnitud sin igual—como ha subrayado D. Acheson—desde el colapso del Imperio Romano.

El siguiente capítulo (págs. 39-56) se consagra al movimiento de unidad en Europa, con alabanzas a Jean Monnet (una de las figuras dominantes de nuestra era), con estudio del Plan Marshall (empresa sin parangón, por la eficacia del empleo de lo desembolsado), de la O. E. C. E., del discurrir de la integración de la Europa de los Seis (C. E. C. A., fracaso de la C. E. D., C. E. E. y C. E. E. A.).

Y reconociéndose la importancia de la integración económica europea, se consigna la inexistencia de un paralelo progreso en el frente político. Faceta que se valora desde una serie de perfiles: la unidad europea y la asociación atlántica (págs. 57-68), apreciándose la presencia de tal unidad como requisito

RECENSIONES

esencial para el desarrollo de fuertes vínculos atlánticos; problema del Reino Unido (págs. 69-89), que ha perdido un Imperio y todavía no ha encontrado un adecuado papel; las «especiales» relaciones Washington-Londres (págs. 90-117), con la dificultad para Gran Bretaña de desempeñar un capital papel político cerca del gigante estadounidense y un llamamiento en pro del fin de esas relaciones especiales; las consecuencias políticas de la presencia del general De Gaulle en el poder de Francia (págs. 118-148), con una panorámica crítica de la ideología gaullista; Alemania como problema (págs. 149-168), con atención a la geografía, la envergadura, la potencia militar, etc. de Alemania —en el principio de la recuperación de su perdida identidad nacional—, y los peligros de una Alemania desencantada.

El Lejano Oriente en la ecuación de la política internacional de poder constituye el tema del siguiente apartado (págs. 169-197): casos de la India, de China (cuyo real peligro reside en su potencial para acciones invictables), problema de Formosa, asunto del reconocimiento del régimen comunista chino, poder del Japón (con su «milagro económico», su esencial papel para la estabilidad de Asia), terminando por mostrarse en pro de una política de agrupamientos regionales (con estructuras todavía nacientes, como el ASPAC).

Otro apartado recoge (págs. 198-220) la cuestión de la difusión de las armas nucleares, en el cuadro de la «lunática» carrera de armamentos nucleares del presente.

A continuación, el interés del autor se ve atraído por el problema de las relaciones Sur-Norte (págs. 221-259), entrevistas a través del aserto de que el problema número uno de nuestro planeta en los años venideros no será el de la *guerra fría*, sino el de la *guerra de la pobreza*. El mundo puede vivir en paz medio-esclavo y medio-libre, pero no puede vivir en paz rico-un-tercio y pobre-dos-tercios (vid. pág. 221).

El asunto del desmantelamiento del *telón de acero* se hace acreedor a una estimación de una treintena de páginas. En este camino se enfoca el significado del marxismo en tanto que *potente fuerza política*. Aquí se destaca que el comunismo tiene poder doctrinal sólo sobre los que padecen agravios. Es la tragedia de la desilusión... Pues bien; en esa tesitura no ha de sorprender que se sostenga esto: los mayores campos de batalla en el enfrentamiento Oeste-Este han de ser en los países subdesarrollados (cons. pág. 266). Pero estudiándose, a la vez, cosas como la significación de la crisis de los *missiles* en Cuba (la primera prueba tangible de la realidad del *tablas nuclear*), como los condicionantes políticos de la moderna sociedad industrial, como la belicosidad de la China roja (la más intensa preocupación de la U. R. S. S.), como la «cuestión europea» (noción gaullista de la Europa del Atlántico a los Urales; arreglo bilateral germano-soviético; acuerdo soviético-americano puramente bilateral; la llamada *Pax europea*, a base de negociaciones entre los Estados Unidos, la Europa occidental unida y Rusia).

El autor se preocupa también (págs. 293-342) por la política exterior de Washington entre Versalles y el Vietnam (universalismo, etc.).

El capítulo XV comprende las reflexiones finales (págs. 343-358). Ellas se caracterizan por su realismo, por su humildad. Por ejemplo, el autor sostiene que una gran parte de la política estadounidense en la posguerra ha consistido en *cruzadas improvisadas* o *improvisaciones de cruzados*. Y, por ejemplo, el autor afirma que, por grande que sea el poder de los Estados Unidos, es limitado.

Una selecta, aunque breve, bibliografía (dos páginas) pone fin al volumen. En ella se incluyen los nombres de R. Aron, Ch. De Gaulle, A. Eden, F. Engels, K. Jaspers, G. Kennan, J. F. Kennedy, J. M. Keynes, H. A. Kissinger, W. Lippmann, K. Marx, A. Moreira, etc.

* * *

RECENSIONES

Todo ello encaminado a lograr el objetivo máximo—por intermedio de mejores estructuras, conceptos y disciplinas—de un *mundo más seguro y más razonable*. Y, parejamente, y, sobre todo, encaminado—honradamente—a la tarea—tremebunda tarea—de contribuir a que los «hombres libres» sean capaces de modificar sus «anticuadas estructuras políticas» y sus «nostálgicos hábitos de pensamiento», a fin de *llegar a la organización de «su poder en una forma racional»*.

Labor tanto más desesperante—en nuestro ánimo—cuanto que se ha de enfrentar, precisamente, con ese «brutal nihilismo» de que habla el mismo George W. Ball...

Leandro RUBIO GARCIA

HARTL, HANS: *Nationalismus in Rot*. Die patriotischen Wandlungen des Kommunismus in Südosteuropa. Stuttgart-Degerloch, 1968, Secwald Verlag, 120 páginas.

HORLACHER, WOLFGANG: *Zwischen Prag und Moskau*. Augenzeugenbericht, Analyse, Dokumente. Stuttgart-Degerloch, Seewald Verlag, 180 págs.

En el lejano porvenir escatológico de su historia universal sin clases, el comunismo pretende liberar a la humanidad también de sus antagonismos nacionales. Con la victoria del socialismo han de ser acabadas las «tendencias burguesas de *particulización nacional*» y en su lugar deberían aparecer «organizaciones proletarias dentro de una unión internacional» con el fin de pasar, en plan de transición, del «inferior» grado de orden social, que es socialismo, al grado «superior», que pretende ser la construcción del comunismo. Así se llegaría al acercamiento de todas las naciones, hasta su completa fusión. Esta debería ser la función de una fase de desarrollo histórico y, por ello, se ha inventado la utópica frase «internacionalismo».

El Manifiesto comunista, de Marx y Engels, pretende, asimismo, abolir la patria y la nacionalidad. Es el internacionalismo proletario, porque «los proletarios no tienen patria». Lenin fue un poco más lejos concediendo a lo nacional un papel que, a pesar de su importancia, debería tener un contenido o, al menos, forma socialista. No podía menospreciar la magnitud del nacionalismo. Stalin vuelve a abordar el problema planteado por la realidad y es suya la primera definición marxista precisa de lo nacional: «La cuestión nacional y la socialdemocracia» es el título, de 1913, que acaudilla la idea de Stalin. Esta es: una nación es una comunidad de hombres históricamente formada y estable, que se ha visto unida debido a la unidad de idioma, territorio, de economía y cultura. En el fondo, Lenin aprobó dicha definición, pero resaltando que la cuestión nacional no puede sustraerse al aspecto proletario-internacional. La definición de Stalin vale aún como base de la teoría soviética de la nación.

Este es el camino de la utopía a la realidad. Es decir, el problema de las naciones, de las nacionalidades o de los grupos étnicos existe desde el momento del nacimiento del régimen soviético, confirmado plenamente con el desarrollo en el Este europeo después de su incorporación a la esfera soviética de influencia a raíz de la segunda Guerra Mundial. La tendencia es inequívoca: llegar a un Estado nacional socialista, en vez del burgués.

El nacionalismo en «color rojo» se ofrece en sus más variadas formas: 1. *Rumania*, se trata de un socialismo nacional bajo el signo o *slogan* de «específicamente nacional», lo cual prueba un «despertar nacional» bajo el socialismo, pero sin salirse de la comunidad socialista de pueblos, lo cual significaría la formación de una *Commonwealth* de patrias socialistas. Claro está, con tendencias centrífugas—policentrizadas—. 2. *Hungría*, el país más nacionalista del Centro europeo a través de la Historia, también busca una especie de «patriotismo socialista», cuyo producto más viable es el propio János Kádár. Dentro del pueblo del país, un 83 por 100 son nacionalistas magiares. Igual que en el caso de su rival rumano. 3. *Yugoslavia*, el primer «rebelde» antikremlista, ya desde 1948-49, que viene confirmando la experiencia de que el centralismo es la cuna del separatismo, no solamente frente a Moscú, sino también respecto a los pueblos que viven, forzosamente, dentro de un Estado multinacional, como son, por ejemplo, la propia Yugoslavia, la U. R. S. S. o Checoslovaquia. La tradicional simplificación, generalización o tergiversación de ciertos problemas internacionales no conduce a la solución de los mismos, sino al revés, a su agudización «dialéctica». Es imposible hablar de un «socialismo nacional» yugoslavo, cuando en este Estado viven varias naciones bien definidas: serbios, croatas, eslovenos (no eslovacos, que forman parte de Checoslovaquia), macedonios, montenegrinos y otros. El centralismo serbio provocó un separatismo nacional de los croatas precisamente entre los líderes comunistas. Este sería también el caso del antagonismo entre checos y eslovacos.

El policentrismo en el movimiento internacional comunista tiene, a nuestro juicio, su fondo en los particularismos nacionales, de los cuales nació el moderno nacionalismo «socialista»—en contra de las pretensiones soviéticas de centralismo en el seno del bloque. La reacción china o albanesa es de la misma naturaleza. Interpretando la concepción de los comunistas rumanos a partir del encuentro consultativo celebrado entre diversos representantes de partidos comunistas a finales de febrero de 1968 en la capital magiar, Budapest, en vista de la preparación de una conferencia cumbre intercomunista, tendríamos que llegar a la conclusión de que sólo un comunista *rumano*, de sangre y hueso, pudiera construir el socialismo en Rumania, un comunista magiar en Hungría, un comunista polaco en Polonia, un comunista francés en Francia, etc. Aún más: en Yugoslavia tendría que ser un comunista serbio para Serbia; en Croacia, un croata; en Eslovenia, un esloveno. En Checoslovaquia, un checo para Bohemia-Moravia y parte de Silesia; en Eslovaquia, un eslovaco. ¿Y en la U. R. S. S.?: en la propia Rusia, que es solamente una parte de la Unión Soviética, un ruso; en Ucrania, un ucraniano; en Bielorrusia, un bielorruso; en Estonia, un estoniano; en Letonia, un letón; en Lituania, un lituano; en Azerbeidshan, un azerbeidshano..., y así podríamos continuar hasta incluir a todos los Estados y países dominados por el comunismo.

Este es el espectro que inquieta a los líderes moscovitas desde el principio de existencia de su régimen, y especialmente desde la última conflagración mundial. El pronóstico de los «clásicos» del marxismo-leninismo ha fallado rotundamente en relación con las realidades que en los casos de Rumania, Hungría y Yugoslavia recoge, con sugestivo acierto, Hans Hartl, jefe del departamento de cuestiones actuales en el Instituto para el estudio del Surcste europeo, y que radica en Munich. Mientras tanto, los Soviets están dispuestos a suprimir cualquier intento de independización nacional, aunque fuera a favor de su propio campo de influencia, incluso con armas convencionales. La invasión de los países de Checoslovaquia era un acto bien premeditado y preparado.

La invasión de Checoslovaquia, del 20 al 21 de agosto de 1968, prueba que el proceso de descomposición del comunismo europeo es un hecho. Este país, junto a las reformas económicas y tendencias democratizadoras en general de

RECENSIONES

la sociedad, se ha visto envuelto en un problema muy grave que azotaba su vida desde su creación, en 1918: antagonismo nacional entre checos y eslovacos.

La situación de los últimos veintitrés años no difería mucho de la de entre las dos guerras. Los checos veían en los eslovacos un pueblo de la misma raza que pudiera ser chequizado y absorbido por una hábil política administrativa del centralismo de Praga. Antes de la segunda Guerra Mundial fueron los líderes eslovacos «burgueses» que defendían la individualidad nacional de Eslovaquia; a partir del año 1943-44 lo fueron, en cambio, los propios comunistas.

El nacionalismo eslovaco consiguió, en parte, su objetivo. Los checos cedieron, por fin, ante la presión eslovaco-comunista. Desde el 1 de enero de 1969 existen dos Estados nacionales dentro de una Checoslovaquia federal, y en caso de no respetar los checos la voluntad de los eslovacos, éstos pudieran separarse por completo de los Países Checos.

Los acontecimientos checos y eslovacos indican que la presión soviética puede extenderse a otros países «rebeldes». La China de Mao dispone de un excelente puente en Europa que es Albania, y en este sentido podría formar un bloque comunista antisoviético. Rumania no resistiría al ser invadida, pero sí Yugoslavia, que, además, cuenta no solamente con los países no comprometidos del Tercer Mundo, sino también con el Occidente. No obstante, los Soviets intentarían por otros medios en llegar al Mediterráneo por tierra.

«La primavera de Praga» se convirtió en un otoño europeo. El autor estaba presente en el momento y después de la invasión. Relata lo vivido, analiza lo político del caso y lo documenta: con el Programa de acción del P. C. de Checoslovaquia, de 10 de abril de 1968; la carta enviada desde Varsovia por los posteriores invasores el 15 de julio; la respuesta del Presidium del P. C. checoslovaco del 18 de julio; la argumentación de los comunistas de Pankov contra el curso de Praga, y, finalmente, el comunicado de la conferencia de Moscú, entre los soviéticos y checos y eslovacos, de 27 de agosto de 1968.

Son de suma actualidad las dos publicaciones, ya que ilustran con objetividad la situación en los países del Este europeo. La semilla puesta en el *fundus* histórico por el eslovaco Dubcek en Praga, y a pesar de los ulteriores compromisos dictados por el Kremlin, puede dar un fruto positivo para que el comunismo no se apodere del mundo. Vale la pena meditar teniendo como base orientadora las obras aquí comentadas.

S. GLEJDURA

HANS HORSTER: *Die sowjetische Wirtschaft als Mittel der Politik III: Aussenhandel und Entwicklungshilfe*. Bonn, 1968, Studiengesellschaft für Zeitprobleme, 108 págs.

Die sowjetische Wirtschaft als Mittel der Politik IV: Der Rat für gegenseitige Wirtschaftshilfe. Bonn, 1968, Studiengesellschaft für Zeitprobleme, 105 págs.

En relación con los tomos I y II de esta obra decimos en el número 96 de esta REVISTA, marzo-abril 1968, que «si es verdad que el poder militar de un país depende de su desarrollo económico, indudablemente éste influirá en la política tanto nacional como internacional. Hasta cierto punto, Lenin y Stalin accrtaron, aunque con diferentes métodos, en fortalecer la potencialidad bé-

RECENSIONES

lica de los Soviets a base de un acelerado proceso de desarrollo económico, porque el Estado está por encima del individuo—y que Stalin había formulado este principio con toda claridad: un mínimo para el pueblo, un máximo para el Estado—.

La proyección económico-comercial de la U. R. S. S. respecto al Occidente y al Tercer Mundo es un hecho bien estudiado—claro está, a favor de la U. R. S. S.—. Moscú tiene relaciones comerciales con setenta y nueve países. El Berlín occidental figura aparte de la República Federal. Asimismo, Singapur no está incluido en el comercio con Malasia. El cuadro: comercio con 26 países asiáticos, 23 europeos, 22 africanos, seis americanos y dos corresponden a Australia y Nueva Zelanda.

Siempre el mismo resultado: el comercio exterior soviético está al servicio de la construcción cuantitativa y cualitativa de la llamada base «técnico-material» del comunismo, es decir, del aparato centralista de desarrollo del imperio soviético. Para este fin sirven las importaciones procedentes de los países satélites, sobre todo en maquinaria. Menos de los países capitalistas industrializados. El fin perseguido: ligar aún más a los satélites a la estructura «socialista» de desarrollo económico de la U. R. S. S. No solamente desde el punto de vista económico, sino también psicológico y político.

En este sentido desempeña un importantísimo papel el COMECON, mediante el cual la U. R. S. S. intenta pasar de una potencia aislada a una comunidad de Estados o países, que no es, ni más ni menos, que dominar a sus aliados, en primer lugar a los del Este europeo. El Kremlin ha conseguido imponerse como potencia dominadora dentro de un espacio económico europeo muy importante y parece que no está dispuesto a abandonarlo.

La U. R. S. S. persigue un fin bien determinado: hacerse autárquica, a costa de sus satélites, para poderse enfrentar con el Occidente y con el peligro chino y asiático. Sólo que no dispone de estructuras económicas capaces de competir con el exterior. El principal obstáculo: la planificación centralizada y el atraso en el desarrollo técnico-económico y científico. Por esta razón le es imposible conquistar mercados internacionales. El mundo no comunista dispone de materias primas de que no puede disponer el Kremlin. En este sentido, a la Comunidad Económica Europea le corresponde un papel bien determinado—a su favor—.

S. GLEJDURA

FRANCISCO FELIPE OLESA MUÑIDO (profesor de la Universidad de Barcelona):

La organización naval de los Estados mediterráneos y en especial de España durante los siglos XVI y XVII. Editorial Naval, dos tomos de 650 págs.

El Mediterráneo ha sido la cuna de la civilización occidental; gracias a él esta civilización se formó, tomó cuerpo y se expansionó después por todo el mundo. Esta difusión fue posible gracias a la creación de una marina mercante que facilitó la formación de una conciencia y cultura mediterránea, y a una marina de guerra que hizo posible el desarrollo pacífico de las relaciones marítimas entre los pueblos ribereños y la creación de Estados poderosos, civilizadores y protectores del derecho de gentes. Pues bien, este libro trata de presentarnos la organización de las marinas de los pueblos más importantes en este mar, en dos siglos cruciales en la historia de la humanidad, el XVI y el XVII, y lo hace con tal cúmulo de datos, de notas y de referencias, que podemos afirmar ha agotado el tema, y que de aquí en adelante se convertirá

RECENSIONES

en un libro clásico y de consulta para todo aquel que quiera profundizar en el estudio o buscar algún dato de la historia marítima de esos dos siglos.

Una de las cosas que más llama la atención es el perfecto método con que está planteado. La sola lectura del sumario y los conceptos de cada capítulo indica que se trata de un libro meditado, ordenado y bien expuesto. Los factores del poder naval se van desarrollando a través de sus páginas con lógica que casi podemos considerar como aplastante. Al final de su lectura los conceptos orgánicos, estratégicos y políticos del poder naval de la época quedan bien claros y firmes.

Los resúmenes sobre la historia marítima de cada uno de los países tratados son síntesis pocas veces tan logradas, presentándonos una visión de lo que fueron aquellas marinas, así como su historia e influencia en el desarrollo general de la marina mediterránea, de una forma muy difícil de superar.

Toda la orgánica naval de la época está tratada con una fina sensibilidad y extraordinarios conocimientos de lo que fueron aquellas marinas ya desaparecidas.

El buque, las armas y las dotaciones tienen capítulos especiales que nos dan una idea completa de lo que fueron, cómo evolucionaron y la causa de su decadencia.

Respecto a las armas merece destacarse la clasificación de la artillería, que nunca hemos encontrado tan completa y aleccionadora. De aquí en adelante, siempre que se quiera hacer alusión a ellas habrá que tomar como referencia el cuadro sinóptico que las presenta con claridad incomparable.

Los capítulos en que trata de las diferentes marinas merece en general destacarse los organigramas de sus organizaciones, que yo sepa nunca levantados hasta ahora, con una visión de los factores orgánicos que las presiden muy claros, de tal modo que facilita la comprensión de la lectura de aquellas complejas organizaciones a las que no faltaba ninguna de las preocupaciones ni factores que hoy día tienen las actuales.

Como es lógico, a la organización de la Marina española de aquellos siglos le dedica una serie de capítulos, entre los que son de destacar el correspondiente al órgano de conducción política y el de los órganos superiores del mando de las fuerzas navales. Al terminar la lectura de todos ellos se da uno cuenta de la grandeza de la monarquía española de la época y de la firmeza y sabiduría de sus elásticas instituciones que destacan con la rigidez y centralismo de las de la dinastía borbónica.

Unos capítulos destinados al estudio de las organizaciones de otras marinas mediterráneas completan la obra; entre ellos merecen destacarse los destinados a la marina veneciana y turca; de esta última se da una visión completa muy difícil de hacer, dado lo escaso de la literatura que trata de este tema y la falta de datos, incluso turcos, teniendo la impresión de que es la primera vez que se acomete este tema con la profundidad y probidad científica con que es tratada en este libro.

La famosa marina veneciana es mucho más conocida, pero sus instituciones están expuestas con una claridad y espíritu crítico difícil de superar.

En resumen, se trata de un libro de los que harán época en esta clase de estudios, esperando quede como clásico, tanto por las doctrinas orgánicas que en él se exponen, como de libro de consulta, por las citas y datos de todo género con que avala el autor su obra.

Enrique MANERA

